

Vidas truncadas

Soraya Rodríguez. LN 31 de diciembre de 2006

El exilio masivo, las detenciones arbitrarias, las torturas, los fusilamientos y desapariciones dejaron una huella imborrable en centenas de miles de familias chilenas. Aquí presentamos algunos casos.



A la misma hora que en la Escuela Militar despedían los restos de Augusto Pinochet, Tamara simplemente caminó hacia el monumento al Presidente Salvador Allende y dejó una dedicatoria escrita a mano que decía: “Horacio Cepeda te amo”. Olivia tiene ya 80 años, cierra los ojos y ve a su hija, Cecilia Labrín, bellamente embarazada, y nada le cuesta imaginarse a quien sería su nieta, la que esta abuela cree que nació en el cautiverio y que la dictadura nunca le devolvió, la misma que no entregó a Horacio, a Cecilia, a Víctor, a Fernando, Alejandro, Vicente... y otros. Más de tres mil chilenos y extranjeros, abuelos, abuelas, padres, madres, hijos, hijas, nietos, nietas y amigos de quienes conservan el mayor de los amores que les queda: un recuerdo.

Es la historia de un quiebre sin justificación, de nietos que no tienen dónde dejar una flor a sus abuelos y de abuelas que no saben si nacieron sus nietos.

En estos días en que fueron precisamente nietos los que captaron la noticia al rendir homenaje a su estilo a sus abuelos, el de Pinochet y el de Carlos Prats, la menuda figura de Tamara Inés Fernández Cepeda mezcla la frescura de una nueva generación de esta historia quebrada el 11 de septiembre de 1973, con la mirada fija que se aleja como para eludir el dolor que en su familia tiene más que su edad, 22 años.

Tamara estudia odontología en la U. De Chile, es hija de Bárbara, quien con sus hermanos, Antonia, Irene y Alonso, mantienen, junto a su madre, Wilma Antoine, el recuerdo de un abuelo cuya sonrisa heredó la nieta. Ella lo admira, lo ama entrañablemente. “Siempre supe de él, por mi madre, por mi abuelita, Wilma, que es preciosa, si hasta nuestra casa está hecha por él”, recuerda.

“A los 13 años busqué cosas para leer sobre él y lloré mucho. Fue un personaje, muy alegre. Así lo recuerdan mis primos y también Wilma, que nunca más tuvo a nadie y está siempre triste. Era muy querido, demasiado lindo, especial, con pipa y

su boina, tierno y feminista”, agrega, recalcando que nada borrará los cuadros de depresión que en su familia han vivido desde que les arrebataron a su abuelito.

Trece personas fueron detenidas entre el 29 de noviembre y el 20 de diciembre de 1976, once pertenecían al Partido Comunista y dos al MIR: Santiago Araya Cabrera, Armando Portilla, Fernando Navarro Allende, Lincoyán Berríos Cataldo, Horacio Cepeda Marinkovic, Luis Lazo Santander, Juan Ortiz Letelier, Reinalda Pereira Plaza, Waldo Pizarro Molina, Héctor Véliz Ramírez, Lizandro Cruz Díaz, Carlos Durán González y Edras Pinto Arroyo.

Horacio Cepeda estaba en la RDA para el golpe militar, de allí viajó a Italia, pero el llamado de su partido y la nostalgia por su familia, lo trajeron de vuelta en julio de 1975, para integrarse al Comité Central en la clandestinidad. Cerca de las 9 de la mañana del 15 de diciembre de 1976 salió de su casa para tener contacto con un compañero, pero fue detenido por agentes de la DINA. Nunca pudo conocer a once de sus 14 nietos.

El martes 12 de diciembre del 2006 Tamara estuvo en su departamento. “Vi esa misa en la tele que me parecía irreal, entonces decidí salir, llegué a la Plaza de la Constitución. Sol y Lluvia cantaban Adiós General, me acerqué al monumento a Allende, había viejitos que lloraban y le hablaban a Allende. Me senté, saqué un cuaderno de mi mochila y escribí. Hoy sé que lo que más me gusta de mi viene de él. Si lo tuviera ahora sería como tener un abuelito de cuento. El siempre está presente y yo lo amo”.

La Abuelita Olivia

Olivia Sazo tenía 48 años para el Golpe Militar, había quedado sola con sus cuatro hijos luego que su esposo dejara el hogar. Trabajaba en una industria de tapices para sacar adelante a Cecilia, Ana María, Ximena y Gonzalo. La mayor era su brazo derecho.

“Cecilia estudiaba Servicio Social en la U. De Chile, estaba a punto de egresar y tenía tres meses de embarazo. Nuestra vida era relativamente normal para la época y yo no tenía idea de política”, recuerda.

Tampoco sabía que Cecilia era militante del MIR, para ella lo importante era que su hermosa hija tenía un tremendo sentido de la solidaridad.

“El Golpe lo viví sólo con cierta preocupación por los aviones que sentíamos pasar. Cecilia se fue ese día a la casa de su papá y en la noche me llamó para que no me preocupara”, relata.

Todo continuó dentro del rango que Olivia consideraba normal, hasta el 3 de agosto de 1974, cuando “tres muchachos” fueron a buscar a Cecilia. La madre pensó que eran compañeros de su hija y esta misma le dijo que los dejara pasar.

“Les dije que estaba enferma. Ellos le mostraron un papel, luego se fueron y nos dijeron: Cuídense. A lo mejor ni volvemos”, recuerda.

Nueve días después, cerca de las 22 horas del 12 de agosto, volvieron los mismos hombres al hogar de Olivia y sus hijos. Autorizaron a Cecilia a vestirse, pero impidieron que su madre la acompañara porque “no cabía en el vehículo”. La joven le dijo: “¡Mami, no diga nada!”. Los hombres se identificaron como miembros de Carabineros de Chile.

Olivia fue de inmediato a la 23ª Comisaría, donde le dijeron que su hija no estaba. Al día siguiente fue a la Dirección de Carabineros en Av. Bulnes y allí le recomendaron que fuera a la Intendencia, donde un teniente le informó que Cecilia

estaba en la DINA. “¿Quién es esa señora?”, preguntó ella, con la inmensa ingenuidad que hasta hoy conserva su mirada.

El uniformado le sugirió que fuera a la Vicaría. Así partió el peregrinar que con el tiempo de búsqueda le llevó a saber que su hija era del MIR, que la llevaron al cuartel de la DINA de Londres 38, donde fue interrogada como los demás por Marcelo Morén Brito y que según el ex miembro del servicio de seguridad de la Marina, Juan Pastene (quien luego se negó a declarar en tribunales), tendría una nieta nacida el 5 de marzo de 1975.

Hoy Olivia no deja de visitar a su hijo Gonzalo cada semana en el psiquiatra, acompaña a otra hija que se sume en profundas depresiones, pero sobre todo disfruta a su bisnieta y a sus cuatro nietos. Todos viven con ella.

“Ya no quiero seguir buscando, ella está conmigo, en mis recuerdos con su bella sonrisa y sigo creyendo en Dios”, dice orgullosa de quien al partir le dijo: “No te dé pena mamá, yo no voy tan sola, llevo a mi hijo y él me da fuerzas y muchos deseos para seguir luchando”. Para Olivia ese bebé existe, es niña y debe parecerse a su madre.

Una Estela, dos pérdidas y mil amores

La actual directora de la Junta Nacional de Jardines Infantiles, Estela Ortiz, reconocida este año como una gran amiga de la Presidenta Bachelet, es mucho más que eso. Es de esas mujeres que se levantan, crecen y se agigantan cuando lo pierden casi todo, no una, sino dos o más veces.

Tenía 23 años para el Golpe, recién se había ido a vivir con José Manuel Parada en una linda casa en El Arrayán, esperaba a su primera hija (Javiera) y trabajaba en la Junji. “Éramos super jóvenes, llenos de vida y esperanza, nos sentíamos constructores de un país”, recuerda.

Junto a sus hermanos Pablo y Licha (María Luisa), y a sus padres que estaban separados formaban una familia normal, diferente y profundamente comprometida con la historia de esos días.

“Todos estábamos metidos. Éramos felices, nos sentíamos libres, estábamos haciendo un país y éramos los dueños de esa creación”, dice y mira como atravesando con suavidad, directo a los ojos con la claridad de los suyos.

El 11, su cuñado Pancho estaba de turno en La Moneda y les avisó cerca de las 5:30 lo que pasaba. Le contaron a sus vecinos que eran del MIR, a su suegra que era vecina y a su cuñada que estaba a punto de tener guagua. Luego, decidieron ir al centro. “Llegamos al Diego Portales y decidimos no separarnos. Nos fuimos a la UTE y de ahí al Pedagógico, donde estuvimos con mi papá y nos quedamos hasta el toque de queda”, relata pausada como ella.

“Nos dimos cuenta del horror y recuerdo ese caminar en que había cambiado la vida, en que ya no podíamos seguir siendo quienes éramos, que no podría llamarlo mi compañero, sino mi marido”, agrega. Juntos tomaron conciencia que no sabían si vivirían, que tendrían que nacer de nuevo para sobrevivir.

Como una metáfora real, Javiera nació de porfiada. “Tuvimos que vencer el miedo en medio del terror. Quedamos todos cesantes, nos allanaron 4 veces y destruyeron nuestra casa a balazos. Decidimos cambiarnos y quedarnos, era obvio que nos andaban buscando”, cuenta.

Su papá pasó a la clandestinidad de inmediato, era miembro del Comité Central del PC, y ella y sus hermanos lo veían muy eventualmente. Él sabía, por ejemplo, la

hora de salida del colegio de Licha y se ubicaba en la esquina para verla pasar. A Pablo, que puso una agencia de Polla Gol, lo veía más.

“Cuando nosotros nos cambiamos a Vitacura, él se vino con nosotros. Creo que fue tan feliz esas dos semanas porque era su casa. Fueron días maravillosos a comienzos del 75. Javiera aprendía a caminar y él iba con ella y su coche a comprar el diario”, recuerda Estela con el rostro iluminado.

Fernando Ortiz conoció a sus tres primeros nietos, le faltaron siete porque el 15 de diciembre de 1976 fue detenido en las cercanías de Plaza Egaña, junto a Waldo Pizarro.

“No sé cómo sería hoy si él estuviera, si no hubiera existido el Golpe, sería tan diferente, tendríamos una familia, a mi papá con sus nietos y a mis hijos con su padre. No puedo imaginármelo, duele mucho”, dice mirando a través de mi.

José Manuel, el padre de sus hijos, sociólogo, trabajaba en la Vicaría de la Solidaridad y fue secuestrado de las puertas del colegio de sus niños el 29 de marzo de 1985. Su cuerpo fue encontrado degollado al día siguiente junto a sus compañeros, Manuel Guerrero y Santiago Nattino. Esa noche Estela no aguantó más y gritó y preguntó por qué primero se llevaron a su padre y ahora a su amor, desgarró el aire, la tierra y hasta el cielo.

Estela siguió adelante con sus hijos, Javiera, Camilo, Juan José, Antonio y Martín. Su hermana tuvo a Alonso y José Ignacio, y Pablo a Sebastián y Manuel.

El viernes 15 último, la Universidad de Chile le rindió un homenaje a quien fuera uno de sus más reconocidos profesores de historia. Allí estuvo Estela, sus amigos y muchos compañeros de los de antes y los que siguen; también estuvo, por cierto, la madre de la Presidenta, Angela Jeria.

Viviana no está sola

A Viviana le encantaban los malones, estudiaba Pedagogía en Alemán, soñaba con viajar a ese país, conocer el mundo, con casarse y tener hijos. Hoy, a los 55 años, recuerda con suave sonrisa aquel tiempo de felicidad, con su mamá, Selenisa Caro; su papá, Víctor Díaz, y sus hermanos Victoria y Víctor, en la misma casa que hoy habita en la Población San Joaquín.

“Éramos una familia bien constituida, sin grandes recursos, pero lo pasábamos hartamente”, cuenta.

A las 6 de la mañana del 11 de septiembre del 73, Daniel Vergara, subsecretario del Interior, llamó a su padre y le informó que Valparaíso estaba tomado. Encendieron la radio cuando Allende habló por última vez a su pueblo. “Mi mamá nos dijo: escúchenlo, porque se está despidiendo. Mi papá salió de la casa entre 7:30 y 8:00 de la mañana. Nunca más lo vi”, dice.

Junto con buscar una forma diferente a la acostumbrada para subsistir, la familia debió enfrentar los constantes allanamientos, seguimientos y amenazas.

Un llamado telefónico les alertó que su padre, hasta entonces subsecretario general del PC, había sido detenido en Las Condes el 12 de mayo de 1976. Su mamá presentó un recurso de amparo en la Corte de Apelaciones y allí se dio cuenta que se trataba de algo más grande, al encontrarse con las esposas de Mario Zamorano y de Uldarico Donaire.

La familia inició un largo camino por tribunales. Incluso se entrevistaron con el presidente de la Suprema, José María Eyzaguirre, quien tras conocer el relato de

Viviana, le dijo: “¡Pero qué imaginación tiene usted!, ¿por qué no se va a su casa y escribe un libro?”.

La persecución nunca cesó durante la dictadura, incluso obligaron a la familia a no asistir al funeral de Marta Ugarte. Su hermano menor, Víctor Díaz Caro debió salir del país autorizado por un juez de menores. En 1986 integraría el comando del FPMP que emboscó a Pinochet en el Cajón del Maipo.

Viviana, quien partió intentando hallar a su padre, terminó buscando a todos los papás, hijos y familiares detenidos desaparecidos junto a quienes pasaron también a ser como su familia. Ella, que quería viajar, participó en la huelga de hambre de la AFDD que duró 87 días, en 1978, y que se replicó en 70 ciudades del mundo. “El Cardenal Silva Henríquez nos dijo entonces que ‘los muertos no resucitan’”, recuerda.

Casi sin darse cuenta, pasaron los años y, de la hermosa joven de cabello largo de los 70, surgió una bella y aparentemente apacible mujer de mejillas siempre sonrojadas que no tuvo hijos, ni se casó, que sí ha viajado y conocido a figuras mundiales, que al cumplirse los 30 años del Golpe recién conoció Alemania, que se siente orgullosa de su familia y de su vida, entre otras cosas porque este año se aprueba en la Asamblea General de Naciones Unidas la Convención Internacional Sobre Detención Forzada de Personas.

“Mi libertad la defiende a trocha y mocha, mi vida tras la detención de mi papá la elegí yo, pero claro, la felicidad sin él, no es completa”, dice.

Los amigos que no están

Victoria Aldunate conoció el horror a los 12 años. Vivía con sus padres y su abuelita en Independencia con Einstein, barrio donde junto a sus “más que amigos” formó el Frente Amplio de Izquierda Juvenil, en el que participaban jóvenes del MIR, el MAPU, el PC y la IC, entre otros.

“Yo era la más chica, no sólo de edad, también de cabeza”, relata. Era hija única de dos disciplinados militantes del PC: Sonia y Hugo, ella entró a la “J”.

Antes del Golpe, junto con hacer trabajos como vender bencina para ayudar al Gobierno de la UP y enfrentar a los acaparadores, tenía con sus amigos fuertes discusiones porque ella seguía el modelo de sus padres, criticando la izquierda más radical y ellos le decían que el PC le hacía el juego a la derecha.

“Hacíamos hartas fiestas donde no faltaban Cat Stevens ni tampoco Neil Diamond o la nueva canción chilena. Pensaba que la vida sería siempre así y que Chile iba a ser socialista”.

“El 11 escuché a mi mamá que lloraba con mi abuela, me dijo que no iría al colegio, y que: ‘esto no tiene vuelta’. Escuché a Allende y nunca se me olvidó. Mi mamá dijo: ‘me voy’ y no volvió en un año; estuvo escondida”, relata.

Su padre no llegó ese día y ella se quedó sola con su abuela, una profesora de artes que siendo bastante fuerte, no entendía lo que pasaba.

Vicky se cerró y nada le importaba pues creyó escuchar que su madre estaba muerta. Hasta diciembre del 73, cuando Marlene (13 años), su mejor amiga, que había sido detenida el día anterior en una redada en el barrio, le contó que “mataron a los chiquillos”: Jorjue Pacheco, de 20; Ernesto Mardones, de 19 y Denrio Alvarez, de 16. Fueron llevados con vida al regimiento Buin y sus cuerpos baleados se encontraron luego en el Servicio Médico Legal.

“Coke, Denrio y Cheque, así los conocía yo. Al Cheque le decíamos así porque siempre estaba esperando el cheque de su padre”, relata.

“Lloré, lloré mucho. No podía creer y corrí dos cuadras más allá, a la casa más hermosa que conocía –y que siempre he buscado inconscientemente cuando arriendo alguna- la casa de Denrio... Había mucha gente y un ataúd y ahí estaba Denrio... su cadáver herido, y yo grité y grité. Mi padre lloraba contra la pared... El mundo se había vuelto raro”, continúa.

En 1974 se reencontró con su mamá y su papá en Argentina. “Y fue el Golpe en Argentina”. Allá reprodujo un círculo de amigos hijos de comunistas y recuerda haber sido muy feliz, aunque la profunda depresión de su madre ya le afectaba más de lo que percibía.

El 79 volvieron a Chile los tres, Vicky fue dirigente, estuvo presa 10 días “y los pacos nos hicieron desnudarnos a todas”. El 80 supo de jóvenes violadas en la universidad y tuvo temor. Entonces, cuando le ofrecieron salir, no lo dudó. Viajó a Francia y de allí a la URSS donde estudio Periodismo.

Regresó el 89, con su compañero (hijo de un ejecutado político), con el cual hoy comparte su vida y una hija. Pertenece a las Feministas Autónomas y trabaja como terapeuta en una casa de acogida para mujeres víctimas, en El Bosque.

“Por 17 años no sólo viví violencia política, también de género. Irme de Chile fue liberarme, pero allá no se cumplieron mis expectativas del mundo socialista. Sigo siendo de izquierda, pero la discriminación de género la sentí más fuertemente en la URSS, donde las pifias de nuestra cultura latina eran clarísimas. Hoy sostengo que la autonomía es lo mejor y no ser parte de un partido político”.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007